



Universidad Nacional de Rafaela  
Licenciatura en Relaciones del Trabajo  
Trabajo Final de Grado

---

**EL TRABAJO DE LAS  
MUJERES RURALES  
CERESINAS:  
RETOS Y PERSPECTIVAS**

---

Autora: Micaela Mariel ROJAS

Directora: Dra. Noelia GARCÍA

Docente: Dr. Marcelo DELFINI



---

*Dedicado a las mujeres rurales argentinas.*

### **Agradecimientos**

Quiero agradecer, en primer lugar, a la Universidad Nacional de Rafaela y a la Licenciatura en Relaciones del Trabajo, por haberme brindado el espacio de una formación académica gratuita que no sólo hizo posible el desarrollo de esta investigación, sino que también contribuyó de manera significativa a mi formación profesional y personal.

A mi directora de tesis, Noelia García, y a mi tutor, Marcelo Delfini, por el acompañamiento, la lectura atenta, las observaciones y el compromiso a lo largo de todo el proceso, que fueron fundamentales para orientar y enriquecer este trabajo.

A las entrevistadas que me abrieron las puertas de sus hogares y de sus historias. Gracias por regalarme un ratito de su tiempo, pero sobre todo por la confianza de entregarme sus relatos. Esta tesis intenta ser un eco de sus voces y de sus esfuerzos. Sin su generosidad, este trabajo no tendría sentido.

A mis facuamigos, Hugo, Meli y Delfi, por ser quienes supieron sacarme una sonrisa en los momentos de frustración, por demostrarme que la universidad no es solo estudio y rigor, sino también encuentro, compañerismo y apoyo. Y, sobre todo, por haberme dado un lugar y hacerme parte de su grupo en este recorrido.

Y, por último, de manera muy especial, a mi familia: a mis padres, a mi hermano y a mi cuñada, ya que sin su apoyo nada de esto sería posible. Mientras escribo estas líneas se me hace un nudo en la garganta, porque fueron quienes me brindaron la posibilidad de seguir mis sueños. Su confianza, su acompañamiento y el no dejarme bajar los brazos en los momentos difíciles hicieron posible que hoy pueda llegar hasta acá.

Gracias totales.

## ÍNDICE

Resumen.....	4
Abstract.....	4
INTRODUCCIÓN.....	6
OBJETIVOS.....	8
General.....	8
Específicos.....	9
HIPÓTESIS.....	9
CAPÍTULO 1: ESTADO DEL ARTE.....	10
1. ANTECEDENTES.....	10
1.1. Transformaciones del trabajo rural en Latinoamérica.....	10
1.2. Dinámicas del trabajo rural en Argentina.....	11
1.3. Agricultura familiar y el trabajo de las mujeres.....	12
1.4. Precarización laboral, ruralidad y género.....	13
1.5. Desigualdad previsional y el conflicto trabajo-familia.....	14
1.6. Ruralidad en Santa Fe y la localidad de Ceres.....	15
CAPÍTULO 2: POSTURAS TEÓRICO-CONCEPTUALES.....	17
2. MARCO TEÓRICO.....	17
2.1. ECONOMÍA INFORMAL.....	18
2.1.1. Trabajo rural.....	19
2.1.2. Precarización Laboral.....	20
2.1.3. Transformaciones productivas y heterogeneidad.....	21
2.1.4. Empleo familiar y no remunerado.....	21
2.2. DIVISIÓN SEXUAL DE LAS TAREAS.....	22
2.2.1. Trabajo de cuidado.....	23
2.2.2. Conflicto trabajo-familia.....	24
CAPÍTULO 3: ABORDAJE METODOLÓGICO.....	25
3. ENFOQUE Y DISEÑO.....	25
3.1. MARCO MUESTRAL.....	26
3.2. TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE DATOS.....	27
3.3. PROCESAMIENTO DE DATOS.....	28
CAPÍTULO 4: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS.....	30
4.1. La construcción subjetiva: ¿Ayuda o trabajo?.....	32
4.2. Dinámicas de la vida cotidiana: el continuo productivo-reproductivo.....	34
4.3. Precarización y desprotección previsional.....	35
4.4. Reconocimiento y Valoración Social: la vulneración simbólica del "deber ser".....	37
4.5. Estrategias de agencia y resistencia.....	38
CAPÍTULO 5: HALLAZGOS EMERGENTES.....	41



---

5.1. Salud, cuerpo y territorio.....	41
5.2. Pérdida de la niñez.....	43
5.3. Conciencia sobre los roles de género.....	44
5.4. Redes de cuidado.....	45
CONCLUSIÓN.....	46
BIBLIOGRAFÍA.....	48
ANEXOS.....	51
Anexo I: GUÍA DE PREGUNTAS.....	51
Anexo II: ENTREVISTA PILOTO.....	51
Anexo III: ENTREVISTAS.....	51
Anexo IV: MATRIZ DE DATOS.....	51

## Resumen

La presente investigación analiza las trayectorias laborales y familiares de las mujeres rurales en la localidad de Ceres, Santa Fe, con el objetivo de interpretar las dinámicas de precarización e invisibilidad que atraviesan sus experiencias cotidianas. El estudio se inscribe en el campo de las Relaciones del Trabajo bajo una perspectiva de género, abordando la problemática de la doble desigualdad estructural: la informalidad propia del sector agropecuario y la división sexual del trabajo. Mediante un enfoque cualitativo y un diseño flexible basado en entrevistas semiestructuradas, se indagó en las percepciones de mujeres de distintas generaciones, analizando los significados atribuidos al trabajo, la superposición de tareas productivas y reproductivas, y las barreras de acceso a derechos laborales y previsionales.

Los resultados confirman que el sistema agroproductivo local se sostiene sobre un trabajo femenino esencial pero deslegitimado bajo la figura de “ayuda familiar”. Se destaca una paradoja en la organización del tiempo: si bien las mujeres trabajan “a la par” de los varones en tareas físicas exigentes, la corresponsabilidad desaparece en el ámbito doméstico, lo que genera dobles y triples jornadas que impactan en la salud física y mental (estrés y desgaste corporal). Como conclusión, la investigación sostiene que las mujeres rurales despliegan estrategias de agencia y redes de cuidado para resistir a la precarización, interpelando a la disciplina de las Relaciones del Trabajo a reconocer el trabajo no remunerado y doméstico como piezas clave de la reproducción social y económica del territorio ceresino.

**Palabras clave:** Mujeres rurales; precarización laboral; informalidad; división sexual del trabajo; agricultura familiar.

## Abstract

This research analyzes the labor and family trajectories of rural women in the town of Ceres, Santa Fe, aiming to interpret the dynamics of precariousness and invisibility that characterize their daily experiences. The study is situated within the field of Labor Relations from a gender perspective, addressing the problem of structural double inequality: the informality inherent in the agricultural sector and the sexual division of labor. Using a qualitative



---

approach and a flexible design based on semi-structured interviews, the research explored the perceptions of women across different generations, analyzing the meanings attributed to work, the overlapping of productive and reproductive tasks, and the barriers to accessing labor and social security rights.

The results confirm that the local agro-productive system is sustained by essential female labor, which is often delegitimized under the concept of "family help". A paradox in time organization is highlighted: while women work "side by side" with men in physically demanding tasks, co-responsibility disappears in the domestic sphere, generating double and triple shifts that impact physical and mental health (stress and bodily wear). In conclusion, the research argues that rural women deploy agency strategies and care networks to resist precariousness, challenging the discipline of Labor Relations to recognize unpaid and domestic work as key components of the social and economic reproduction of Ceres's territories.

**Key words:** Rural women; labor precarization; informality; sexual division of labor; family farming.

## INTRODUCCIÓN

El sector agropecuario ha sido históricamente un pilar de la economía argentina. Sin embargo, el avance del capitalismo agrario en las últimas décadas ha impulsado una reestructuración productiva que agudizó la precarización laboral. Esta problemática se manifiesta principalmente a través de la informalidad, un rasgo estructural con especial incidencia en las áreas rurales. Según datos del INDEC analizados por Biaggi y Knopoff (2021) y estudios recientes como los de Neiman et al. (2023), el empleo agrario evidencia altos niveles de inestabilidad y bajos salarios, con una tasa de no registro que supera el 68,5%.

Al situar el enfoque en las unidades productivas familiares, se observa que las mujeres sostienen gran parte del ciclo agroproductivo —siembra, cosecha y cría de animales— a pesar de no ocupar roles formalmente reconocidos. Bajo la división sexual del trabajo, sus tareas suelen invisibilizarse tras la figura de ‘ayuda familiar’, una categoría que oculta su aporte económico real y profundiza la brecha de informalidad respecto a los varones (D'Alessandro, 2017). En estos contextos, el trabajo agrario trasciende lo productivo para moldear vínculos y roles de género que definen la vida social (Garazi y Gómez Molla, 2021).

En consecuencia, las mujeres rurales enfrentan una doble desigualdad estructural: la precariedad inherente al sector y la asignación casi exclusiva de las tareas de cuidado. Esta doble marginalización —por género y por ruralidad— limita su autonomía económica y el acceso a derechos fundamentales (Logiovine y Bianqui, 2024; Minoldo & Peláez, 2020).

La división del trabajo en la ruralidad segmenta el empleo femenino en actividades de baja remuneración y alta precarización. Esta ‘feminización de la precariedad’ concentra a las mujeres en las formas más vulnerables del empleo informal, profundizando su dependencia económica y excluyéndolas del sistema de seguridad social (Chen, 2012; D'Alessandro, 2017). En este escenario, su participación laboral suele ser marginal e inestable, rasgos que, si bien caracterizan al sector agrario en su conjunto, afectan de manera diferencial a las mujeres (Logiovine, 2017).

A pesar de que su labor es central para el sostenimiento de los hogares y las unidades productivas, la división sexual del trabajo invisibiliza esta participación económica activa bajo la figura del ‘ayudante familiar’. Esta falta de reconocimiento no solo reduce la calidad de vida, sino que limita la posibilidad de construir proyectos de vida autónomos o aspiraciones de movilidad social (Logiovine y Bianqui, 2024).

Frente a este panorama, la presente investigación se propuso analizar las experiencias, percepciones y desafíos que enfrentan las trabajadoras rurales de la localidad de Ceres, Santa Fe. Siguiendo la propuesta de Vasilachis de Gialdino (2006), se buscó indagar en los sentidos que las propias protagonistas le atribuyen a su trabajo, explorando cómo interpretan sus tareas productivas y de cuidado en un contexto de vulnerabilidad y desigualdad estructural.

Esta problemática justifica la necesidad de investigaciones que aborden la precarización desde una perspectiva de género y territorio. El presente trabajo se sitúa en la ciudad de Ceres, Santa Fe, para documentar las trayectorias de mujeres que, siendo piezas clave en la economía regional, operan en los márgenes de la protección legal. Así, el estudio se propuso analizar sus condiciones de vida y laborales, explorando los retos y perspectivas que definen su cotidianidad.

A partir de estos antecedentes, la investigación se enfocó en desentrañar la experiencia de la doble desigualdad de las mujeres rurales ceresinas mediante los siguientes interrogantes:

- ¿Cómo describen las mujeres rurales de Ceres sus tareas cotidianas relacionadas con el trabajo en el campo y en el hogar?
- ¿Cómo se organizan en su vida cotidiana para cumplir con las tareas vinculadas a la producción y al cuidado?
- ¿Qué desafíos identifican en su experiencia laboral y familiar dentro del entorno rural?
- ¿Cómo perciben el reconocimiento (o la falta de él) por parte de sus familias, empleadores o instituciones hacia el trabajo que realizan?
- ¿Qué recursos, redes o apoyos consideran necesarios para mejorar su día a día laboral y personal?
- ¿Cómo definen o entienden ellas mismas la idea de “trabajar”?
- ¿Qué actividades consideran “trabajo” y cuáles no?

Para responder a esto, el estudio se sustenta en dos ejes conceptuales: la Economía Informal y la División Sexual del Trabajo. Se adoptó una noción de trabajo rural en sentido amplio, que integra tanto las actividades productivas como las reproductivas (Neiman, 2020). Asimismo, se retomaron los aportes de la *Economía Feminista* (D'Alessandro, 2017) para analizar cómo la invisibilización del aporte femenino perpetúa desigualdades que han sido señaladas en antecedentes regionales de la provincia de Santa Fe (Albanesi y Propersi, 2007)

Para abordar esta problemática, se optó por una estrategia metodológica de carácter cualitativo, flexible e inductivo, orientada a la comprensión de los significados subjetivos de las protagonistas (Vasilachis, 2006). Este enfoque prioriza la emergencia de categorías conceptuales a partir del material empírico, permitiendo que las experiencias y sentidos que las mujeres rurales atribuyen a su realidad laboral guíen el análisis.

La investigación, de naturaleza exploratoria, utilizó entrevistas individuales semiestructuradas como herramienta principal para captar la subjetividad de la problemática, evitando reducirla a indicadores cuantitativos. De este modo, se identificaron aquellos discursos y prácticas que perpetúan la brecha de género y la invisibilización del trabajo femenino en el ámbito rural.

En definitiva, este estudio se propuso visibilizar las trayectorias de las mujeres ceresinas desde una perspectiva reflexiva y respetuosa de sus propias voces. A través del análisis de sus desafíos y estrategias, se buscó ampliar los marcos de comprensión sobre la relación entre precarización laboral y género en el escenario agrario argentino contemporáneo.

## **OBJETIVOS**

### **General**

Conocer e interpretar las dinámicas laborales y familiares a partir de las percepciones y experiencias de las mujeres rurales residentes de Ceres, Santa Fe.



## **Específicos**

- Analizar los significados que las mujeres rurales ceresinas le atribuyen a su trabajo, tanto en el ámbito doméstico como en el productivo.
- Identificar barreras o desafíos que enfrentan las mujeres rurales ceresinas para acceder a derechos laborales formales.
- Interpretar las dinámicas y contingencias de la vida laboral rural y la vida familiar rural desde el punto de vista de las mujeres rurales ceresinas.
- Analizar las dinámicas de precarización, tanto de la informalidad como la segmentación y superposición de tareas, que influyen en sus estrategias de subsistencia de las mujeres rurales ceresinas.
- Describir sus percepciones sobre el reconocimiento de su labor productiva y reproductiva por parte de sus familias y círculos sociales.

## **HIPÓTESIS**

Se estima que las mujeres rurales de Ceres experimentan y relatan condiciones de precarización laboral, pudiendo dar cuenta de la desigual distribución de tareas productivas y de cuidado, limitando su autonomía económica y con bajo reconocimiento social.

Dado que el presente estudio se orienta a comprender perspectivas y experiencias subjetivas, la hipótesis se planteó de forma abierta y flexible, ya que permite que los hallazgos empíricos puedan confirmar, matizar o reorientar las presunciones iniciales.

## CAPÍTULO 1: ESTADO DEL ARTE

### 1. ANTECEDENTES

El presente capítulo reúne los principales antecedentes académicos y estadísticos vinculados al trabajo rural, tanto en el contexto latinoamericano como argentino, con especial énfasis en la experiencia de las mujeres. El propósito es contextualizar la investigación a partir de un sólido repertorio de estudios previos que sirven de marco de referencia para el análisis.

Mediante una revisión de diversos enfoques, se recuperan aportes que examinan las transformaciones del empleo agropecuario, la persistencia de la informalidad y las desigualdades de género presentes en la región y, fundamentalmente, en Argentina.

De esta manera, el estado del arte funciona como un punto de partida que ordena las discusiones teóricas y empíricas precedentes, justificando la pertinencia de profundizar en esta problemática desde una mirada situada en el territorio.

#### 1.1. Transformaciones del trabajo rural en Latinoamérica

En las últimas décadas, el trabajo rural en América Latina ha experimentado una profunda transformación derivada de la reestructuración neoliberal, el avance de la globalización y la consolidación del modelo agroexportador. Este proceso impulsó una marcada concentración de tierras y el desplazamiento de pequeños productores, lo que derivó en la crisis del trabajo familiar tradicional y el surgimiento de formas laborales precarias que afectan, prioritariamente, a mujeres, jóvenes e indígenas (Neiman, 2020; CEPAL et al., 2016).

Bajo este escenario, se produjo una diversificación de las actividades rurales que trasciende lo estrictamente agrícola, dando lugar a una *nueva ruralidad* (Livert Miranda y Espejo, 2022). Esta se caracteriza por la coexistencia de múltiples formas de producción y fuentes de ingreso que responden a la necesidad de subsistencia, tales como la combinación de trabajos agrícolas estacionales con changas urbanas, empleos en la construcción y la dependencia de programas de asistencia social (CEPAL et al., 2016).

Frente a estas transformaciones, diversos países implementaron políticas públicas orientadas a la pequeña escala. En Brasil, se destaca el Programa Nacional de Fortalecimiento de la Agricultura Familiar (PRONAF), mientras que en Argentina se desarrollaron herramientas como el Monotributo Social Agropecuario y el programa ProHuerta del INTA. Sin embargo, como advierte Sofía Nicolini Llosa (2016) en su estudio *Mujeres rurales, motores de desarrollo*, estas políticas suelen tener un alcance limitado y no logran revertir las desigualdades estructurales, especialmente para las mujeres, quienes continúan marginadas de la titularidad de la tierra y de los beneficios directos de la formalización.

## 1.2. Dinámicas del trabajo rural en Argentina

En Argentina, y específicamente en la región pampeana, los procesos de mecanización y expansión del agronegocio transformaron radicalmente el mercado laboral (Neiman, 2020). Desde fines del siglo XX, la demanda de trabajo permanente ha disminuido de manera sostenida, dando lugar a un esquema de contratación temporario, tercerizado e informal. Este cambio estructural se traduce en relaciones laborales inestables, caracterizadas por la estacionalidad, la intermediación a través de contratistas y la ausencia de garantías sociales (González, 2019; Neiman et al., 2003).

Según datos del Censo Nacional Agropecuario, el empleo rural se sostiene fundamentalmente sobre el trabajo familiar informal. En esta configuración, las mujeres permanecen insertas en esquemas desprotegidos y condicionados por su rol dentro de la estructura familiar, sin perspectivas de formalización (Logiovine y Bianqui, 2024).

Al respecto, Mónica Knopoff y Cristina Biaggi (2021) destacan un persistente subregistro estadístico y simbólico del trabajo femenino. Hacia el 2010, el 70% de las mujeres rurales eran clasificadas como 'inactivas' —cifra que ascendía al 76% en provincias como Santiago del Estero—, invisibilizando actividades productivas que no son reconocidas como tales. Esta situación se articula con una rígida división sexual del trabajo: las mujeres concentran el 76% del trabajo doméstico no remunerado, dedicando un promedio de 6,4 horas diarias frente a las 3,4 de los varones (D'Alessandro, 2017).

Esta sobrecarga de cuidados restringe su inserción en un mercado agrario masculinizado, donde representan solo el 14,5% de los asalariados agrícolas. Incluso con mayores niveles educativos, suelen quedar relegadas a ocupaciones precarias o feminizadas. Como consecuencia, la migración femenina hacia centros urbanos se vuelve más frecuente, profundizando la masculinización del campo y elevando los niveles de Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI) en la población que permanece en el territorio (Alegre et al., 2015; Knopoff y Biaggi, 2021).

### **1.3. Agricultura familiar y el trabajo de las mujeres**

La agricultura familiar ocupa un lugar estratégico en Latinoamérica por su contribución a la soberanía alimentaria y el arraigo territorial. A pesar de su relevancia, suele ser marginada por políticas agrarias centradas en el modelo agroindustrial (CEPAL et al., 2016). Esta organización productiva se basa en la participación activa de todos los integrantes del grupo familiar, incluyendo niños, adultos mayores y, específicamente, mujeres; sin embargo, estos grupos suelen quedar invisibilizados en los censos y marcos jurídicos que rigen el sector (González, 2019).

En países como Brasil y México, la incorporación de la perspectiva de género ha permitido visibilizar la labor de las mujeres más allá del rol reproductivo. Herrera et al. (2024) demuestran que las mujeres desempeñan tareas críticas como el manejo de semillas, la administración doméstica y la articulación de redes comunitarias. Estas funciones, aunque vitales para la sostenibilidad del sistema familiar, carecen frecuentemente de reconocimiento legal, lo que restringe el acceso a derechos sociales.

En Argentina, investigaciones situadas en Santa Fe (Albanesi y Propersi, 2006; Logiovine y Bianqui, 2024) muestran que las mujeres rurales cumplen funciones múltiples: trabajan la tierra, cuidan a los animales, cocinan para los jornaleros, administran los recursos del hogar y participan en ferias o cooperativas. Pese a la centralidad de estas tareas, su participación sigue ligada a los vínculos de parentesco y su legitimidad como 'productoras' suele quedar sujeta al varón titular del terreno o de la explotación (Mercado Mott y Mingo Acuña, 2021). Esta subordinación no solo invisibiliza su esfuerzo físico y mental, sino que limita su autonomía

económica y restringe su acceso a créditos, programas de asistencia o a la titularidad de las tierras que ellas mismas trabajan (Minoldo y Peláez, 2020).

En la región centro del país, donde predomina la producción a mediana y gran escala, la estructura familiar persiste como unidad básica de organización (Neiman, 2020). En este contexto, la división tradicional del trabajo asigna a los varones las tareas visibles y comercializables, mientras las mujeres asumen labores de soporte y cuidado (Nogueira, 2016). Esta falta de reconocimiento formal condiciona no solo su visibilidad estadística, sino también su representación política y su inclusión efectiva en las políticas públicas (Biaggi y Knopoff, 2021; Neiman et al., 2023).

#### **1.4. Precarización laboral, ruralidad y género.**

La precarización laboral es un proceso clave para comprender las dinámicas actuales. Más allá de describir un empleo deficitario, el concepto se enfoca en la dinámica estructural mediante la cual las condiciones de trabajo se deterioran y la explotación se agudiza (Neffa, 2010). Como advierte Castel (1997, como se citó en Neiman et al., 2023), este proceso genera una profunda vulnerabilidad al fragilizar los soportes sociales y económicos de los sujetos, afectando no solo la estabilidad del ingreso, sino también la percepción subjetiva de seguridad.

A nivel internacional, la precarización surge de estrategias neoliberales que buscan reducir costos sustituyendo trabajadores fijos por una fuerza temporal y flexible. Siguiendo a Kay (2009, como se citó en Logiovine y Bianqui, 2024), este modelo elude responsabilidades formales mediante el empleo no registrado. En América Latina, la informalidad es un rasgo estructural: la precariedad se identifica con el empleo sin contrato ni seguridad social, factores que determinan la desprotección absoluta del trabajador (González, 2019). En el ámbito rural, esta situación se intensifica debido a la estacionalidad y la intermediación laboral a través de contratistas, un mecanismo que permite a las empresas tercerizar responsabilidades (Neiman, 2020).

Esta realidad tiene un impacto diferencial que se traduce en la *feminización de la precariedad* (Livert Miranda y Espejo, 2022), donde las mujeres suelen ser incluidas preferentemente en puestos no calificados o en lo que se denomina *el subsuelo de las ocupaciones*, y son valoradas

como una fuerza de trabajo flexible debido a su *doble presencia* en el ámbito asalariado y doméstico (Mercado Mott y Mingo Acuña, 2021). En el medio rural, la falta de límites claros entre el hogar y el campo refuerza una sobrecarga que se convierte en una doble o triple jornada (Asociación Civil Lola Mora y ONU Mujeres, 2025).

Así, el esfuerzo productivo de las mujeres queda invisibilizado bajo la etiqueta de 'ayuda' o 'aporte familiar', despojándolo de su valor económico real (Logiovine y Bianqui, 2024). En Argentina, esta fragilidad se agrava al punto de superar el promedio de informalidad de casi toda la economía, solo por debajo del servicio doméstico. Esta trayectoria fragmentada conduce, finalmente, a una desigualdad previsional estructural, donde las mujeres rurales llegan a la vejez sin los aportes necesarios para una jubilación digna (Knopoff y Biaggi, 2021; ONU Mujeres, 2025).

### **1.5. Desigualdad previsional y el conflicto trabajo-familia**

La precarización del empleo rural en América Latina no solo impacta en el presente laboral, sino que proyecta efectos acumulativos sobre el acceso futuro a derechos sociales. Como señala Nicolini Llosa (2016, en informes para la FAO), la informalidad y la fragmentación de las trayectorias generan brechas críticas en la cobertura jubilatoria, especialmente al aplicar lógicas urbanas a los ciclos interrumpidos del trabajo femenino en el agro.

Esta *precariedad previsional estructural de género* (Minoldo y Peláez, 2020) se manifiesta cuando las mujeres no acceden a una jubilación por realizar tareas no remuneradas o porque la titularidad de los aportes queda a nombre del varón. Incluso ante la existencia de moratorias previsionales en Argentina —como las de 2003 y 2014—, la deuda persiste. Si bien estas políticas ampliaron la cobertura, no resolvieron el problema de fondo: el sistema sigue sin reconocer el trabajo reproductivo como un aporte al sostén del hogar, reforzando el rol de las mujeres como dependientes (Minoldo y Peláez, 2020; D'Alessandro, 2017).

Un factor que agrava esta situación es el conflicto trabajo-familia. En zonas rurales, donde las redes públicas de cuidado son escasas, la sobrecarga de tareas domésticas limita la disponibilidad de tiempo para el mercado laboral formal (D'Alessandro, 2017). Esta tensión se

vuelve más compleja en contextos donde el espacio productivo y el familiar se solapan constantemente.

En localidades del interior argentino, estos procesos se intensifican por la escasa oferta de empleo registrado y la fuerte concentración de responsabilidades de cuidado en el hogar (Neiman, 2020; Logiovine y Bianqui, 2024). Este circuito de desigualdad no sólo condiciona el presente de las trabajadoras rurales, sino que limita sus posibilidades de construir un futuro con derechos garantizados (Asociación Civil Lola Mora y ONU Mujeres, 2025).

### **1.6. Ruralidad en Santa Fe y la localidad de Ceres**

En la provincia de Santa Fe, la ruralidad presenta particularidades que la distinguen en el panorama nacional. El avance del agronegocio y la mecanización han impulsado una progresiva concentración de tierras y la pérdida de empleos en la agricultura familiar, reconfigurando no solo el trabajo, sino también el poblamiento rural (Neiman, 2020). En localidades pequeñas del centro-norte santafesino, la tradicional separación entre lo rural y lo urbano se desdibuja, dando lugar a una trama compleja donde coexisten prácticas agrarias con dinámicas sociales urbanas (Nogueira, 2016).

Dentro de esta configuración, la localidad de Ceres representa un caso singular. Su origen, ligado a la colonización agrícola y al paso del ferrocarril a fines del siglo XIX, consolidó una estructura socioeconómica basada en la fertilidad de sus tierras; de hecho, su nombre alude a la diosa romana de la agricultura (Uberti de Pérez et al., 1992; Bellezze, 2011). Aunque fue declarada ciudad en 1961, Ceres mantiene una fuerte identidad rural que se manifiesta en sus dinámicas familiares, donde los miembros del hogar participan en tareas agrícolas, ganaderas y en el comercio local.

Actualmente, con una población de 25.267 habitantes (INDEC, 2022), Ceres cumple un rol estratégico en el departamento San Cristóbal. No obstante, su mercado laboral atraviesa las mismas tensiones que el resto de la región: alta informalidad, tercerización y un predominio del trabajo familiar invisibilizado. Es en este escenario local donde las desigualdades de género y las

barreras previsionales, analizadas en los apartados anteriores, cobran forma en las trayectorias de las trabajadoras ceresinas (Neiman et al., 2003; Minoldo y Peláez, 2020).

Después de este recorrido, queda claro que el trabajo de las mujeres en el campo es una pieza fundamental que sostiene a las familias y a la producción, pero que casi nadie ve ni registra oficialmente. La literatura nos muestra que, mientras el agronegocio crece, las condiciones de trabajo se vuelven más inestables, dejando a las mujeres en una situación de "ayuda" permanente que las deja sin derechos y sin una jubilación asegurada.

Sin embargo, aunque hay muchos estudios generales, todavía falta conocer qué pasa hoy en lugares específicos como Ceres, donde la vida de ciudad y la del campo se solapan constantemente. Por eso, esta investigación se propone llenar ese hueco, dándole la palabra a las propias trabajadoras para entender cómo viven ellas esta doble desigualdad y qué estrategias usan para salir adelante.

---

## CAPÍTULO 2: POSTURAS TEÓRICO-CONCEPTUALES

### 2. MARCO TEÓRICO

El presente apartado tiene como propósito desarrollar los conceptos y enfoques teóricos necesarios para el análisis de las condiciones laborales de las mujeres rurales ceresinas. A partir de un análisis bidimensional sobre la economía informal aplicada al trabajo rural y la división sexual del trabajo con perspectiva de género, profundizando sobre la mirada de las mujeres rurales.

En esta revisión teórica se retoman aportes de investigaciones empíricas y marcos analíticos que permiten comprender la particularidad del trabajo de las mujeres rurales, sus trayectorias y las desigualdades que las atraviesan a partir de sus propias experiencias.

Para profundizar el análisis desarrollado, resulta pertinente incorporar la noción de *perspectiva* entendida como el conjunto de marcos interpretativos desde los cuales las personas construyen sentidos sobre su vida cotidiana (Ramos, 2016). Desde un enfoque sociológico, la perspectiva constituye el punto de vista situado desde el cual los sujetos perciben, interpretan, valoran y expresan su entorno y sus experiencias, y no se limita a una mirada estrictamente individual, sino que se configura como una construcción social aprehendida, atravesada por esquemas culturales y clasificatorios que orientan la percepción del mundo y de las relaciones sociales, tales como los estereotipos sociales (Bourdieu, como se citó en Vargas Melgarejo, 1994). En este sentido, la perspectiva se encuentra condicionada por la posición social, el género, la historia y la cultura de quien observa, organizando las experiencias en categorías comprensibles y dotando de significado a los fenómenos sociales (Ramos, 2016). Asimismo, no se trata de una dimensión fija o inmutable, sino de una construcción dinámica que puede transformarse a partir de nuevas experiencias, aprendizajes y contextos de vida (Lewkow, 2014).

Complementariamente, la *experiencia* se concibe como el proceso mediante el cual los sujetos viven, interpretan y otorgan sentido a su vida cotidiana y a los acontecimientos sociales que atraviesan (López, 2016). La experiencia no se reduce a hechos objetivos ni a impresiones inmediatas, sino que se configura en interacción con otros y bajo marcos culturales e ideológicos

específicos, que operan seleccionando, organizando y resignificando las sensaciones y vivencias (Vargas Melgarejo, 1994; López, 2016).

En sociología, la experiencia no se limita a la reflexión consciente ni al lenguaje, sino que constituye un proceso vital y continuo en el que las personas incorporan aprendizajes y ajustan sus conductas frente a situaciones nuevas (López, 2016). Por otro lado, autores como Juan Rosales Sánchez (2015) sostienen que la experiencia es *el recorrido de la vida* que se construye en la interacción con el entorno y se expresa tanto en prácticas reflexivas como en habilidades no discursivas, y es posible relatarla. Este autor enfatiza que gran parte de nuestro aprendizaje y nuestras acciones proviene de la adaptación y el ensayo y error, incluso antes de la teorización consciente. Así, la experiencia es simultáneamente individual y social: es el resultado de enfrentarse con obstáculos, atender a ellos y reorganizar nuestras prácticas, lo que permite la constitución de significados y saberes compartidos en contextos históricos y culturales específicos (Rosales Sánchez, 2015).

Desde esta mirada, experiencia y perspectiva se entrelazan, en tanto los significados que los sujetos construyen sobre su realidad se producen en un entramado de prácticas, relaciones y sentidos socialmente situados.

## 2.1. ECONOMÍA INFORMAL

Para entender las experiencias de las mujeres ceresinas, debemos comprender los contextos que estructuran sus subjetividades. Partimos del concepto de economía informal, que ha evolucionado significativamente desde la década de 1970 (Chen, 2012; González, 2022). En sus inicios, se la entendía como un 'sector' separado y marginal, compuesto por actividades de baja productividad. Sin embargo, a partir de 2002, la OIT y diversas investigaciones propusieron redefinirla no como un sector, sino como una condición del empleo centrada en la falta de protección social y legal (Jiménez, 2011; Livert, Miranda y Espejo, 2022).

Martha Alter Chen (2012) sostiene que la economía informal incluye tanto a las unidades no registradas como a los puestos de trabajo que, aun dentro de empresas formales, carecen de estabilidad o reconocimiento. Así, la informalidad no es una categoría residual, sino un componente estructural de los sistemas laborales actuales. En esta línea, Julio César Neffa

(2010) advierte que no debe confundirse únicamente con la ilegalidad o el 'trabajo en negro'. Para Neffa, este es un espacio donde se concentran las expresiones más visibles de la precariedad: ausencia de regulación, ingresos inestables y falta de aportes previsionales.

Por su parte, la investigadora del CONICET María Laura González (2022) subraya que la economía informal debe analizarse en relación directa con la precariedad, ya que en la práctica estos fenómenos se entrelazan. Según González, la persistencia de la informalidad se vincula con la segmentación del mercado laboral y la insuficiencia de políticas públicas. En el contexto rural argentino, estas características son especialmente relevantes, ya que el trabajo informal es una práctica extendida y, muchas veces, naturalizada.

Finalmente, Waisgrais (2001) aporta que este entramado es heterogéneo: ahí coexisten asalariados no registrados, cuentapropistas y microemprendimientos familiares. Esta diversidad responde a procesos de subcontratación y externalización que, como señala el Ministerio de Trabajo (Jiménez, 2011), afectan con mayor dureza a jóvenes, mujeres y sectores rurales. En definitiva, la economía informal funciona como un sistema que reproduce desigualdades de género y territorio, marcando el punto de partida para analizar la realidad de las mujeres rurales.

### **2.1.1. Trabajo rural**

El trabajo rural comprende el conjunto de actividades productivas desarrolladas en ámbitos rurales, vinculadas directa o indirectamente a la producción agropecuaria. Este abarca desde el empleo asalariado —formal e informal— hasta el trabajo familiar no remunerado y las diversas formas de contratación estacional o permanente (Neiman, 2020). Al respecto, Livert, Miranda y Espejo (2022) sostienen que en América Latina coexisten modelos altamente tecnificados con actividades de subsistencia, lo que genera un mosaico de relaciones laborales que requieren abordajes diferenciados.

Desde la *Economía Feminista* (D'Alessandro, 2017), este concepto se enriquece al incorporar la noción de continuo productivo-reproductivo. Esta perspectiva enfatiza la simultaneidad y contigüidad espacial entre las labores para el mercado y las tareas de reproducción social. Para esta investigación, dicho enfoque es fundamental: reconoce que el trabajo de cuidado, socialmente considerado como responsabilidad femenina, el cual es indispensable para la

sostenibilidad de la vida y la reproducción del sistema económico rural (Rosales, 2023). La omisión de estas labores en la contabilidad económica tradicional no solo perpetúa la desigualdad de género, sino que profundiza la invisibilización de las mujeres en el territorio (Asociación Civil Lola Mora y ONU Mujeres, 2025).

### **2.1.2. Precarización Laboral**

La precarización laboral constituye un proceso dinámico de deterioro de las condiciones de empleo, impulsado por las transformaciones del modelo neoliberal y orientado a reducir costos mediante la elusión de responsabilidades empresariales (Kay, 2009, como se citó en Albertí, Bardomás y Neiman, 2022; Chen, 2012). Este fenómeno reemplaza empleos estables por una fuerza de trabajo flexible, temporal y no registrada, lo que genera un escenario de inseguridad y desprotección social (Neffa, 2010; Jiménez, 2011). En términos de Castel (1997, como se citó en Neiman et al., 2023), la precarización es un factor estructural de vulnerabilidad social que debilita los soportes materiales y relacionales de los sujetos.

En el ámbito agrario, esto se traduce en una creciente temporalidad y tercerización, donde la sustitución sistemática de trabajadores permanentes por transitorios persiste incluso en contextos de expansión económica (Neiman et al., 2023). La intermediación laboral —ejercida por contratistas o empresas de servicios— funciona como un mecanismo central para externalizar riesgos, acentuando el anonimato de los vínculos legales y la falta de registro (Mercado Mott y Mingo Acuña, 2021).

Para las mujeres rurales, la precarización se entrelaza con la división sexual del trabajo, dando lugar a la *feminización de la precariedad*. Esta se caracteriza por la concentración en empleos de baja calificación que suelen ser naturalizados como tareas menores, reforzando criterios sexistas y altos niveles de informalidad (Livert et al., 2022; Logiovine y Bianqui, 2024). Esta dinámica, combinada con la carga del trabajo doméstico no remunerado, profundiza la sobreexigencia y limita la movilidad sociolaboral, derivando en trayectorias fragmentadas y en una descalificación de su aporte económico que impacta directamente en su futura cobertura previsional (D'Alessandro, 2017; Minoldo y Peláez, 2020).

### **2.1.3. Transformaciones productivas y heterogeneidad**

En Latinoamérica, el sector agropecuario ha atravesado profundas transformaciones vinculadas a la modernización tecnológica, la apertura de mercados y la concentración de la tierra. Estos procesos consolidaron modelos agroexportadores intensivos en capital que, lejos de eliminar las formas de producción campesina y familiar, las obligaron a coexistir bajo condiciones de desigualdad (CEPAL et al., 2015).

En Argentina, la agriculturización pampeana —marcada por la expansión de cultivos comerciales como la soja— trajo consigo un aumento de la productividad que, paradójicamente, redujo la necesidad de trabajo permanente (Neiman, 2020). No obstante, persiste una estructura dual donde conviven grandes empresas agroindustriales con productores familiares; estos últimos enfrentan brechas críticas en el acceso a recursos tecnológicos y productivos (Quaranta y Mascheroni, 2020; Livert Miranda y Espejo, 2022).

Esta heterogeneidad estructural se refleja en el mercado laboral: mientras un sector minoritario accede a empleos registrados, una gran masa de trabajadores queda relegada a la inestabilidad y los bajos salarios (Neiman et al., 2003). Para las mujeres rurales, esta diversidad de escenarios implica que su labor a menudo quede opacada por los requerimientos del modelo intensivo, quedando al margen de los beneficios de la modernización y profundizando su exclusión de los derechos laborales básicos.

### **2.1.4. Empleo familiar y no remunerado**

El trabajo familiar constituye una característica intrínseca de la producción agropecuaria en América Latina, basándose en la participación activa de los miembros del hogar en las tareas de la estancia. De Pablo Valenciano (2017) subraya que esta modalidad es predominante en la agricultura familiar; sin embargo, su aporte suele ser omitido en las estadísticas oficiales y relegado a un segundo plano en el diseño de las políticas públicas.

En Argentina, gran parte de las unidades productivas pequeñas y medianas dependen de este trabajo familiar no remunerado para garantizar la viabilidad de la actividad (Neiman, 2020; Minoldo y Peláez, 2020). Esta forma de organización profundiza las brechas de género, ya que las mujeres se insertan en las labores productivas sin abandonar su rol como responsables principales del bienestar doméstico y los cuidados (Livert Miranda y Espejo, 2022). De este modo, su esfuerzo se ve naturalizado como parte de las obligaciones afectivas o convivenciales, lo que resulta en un subregistro de su verdadera jornada laboral y en la negación de su entidad como trabajadoras con derecho a una remuneración propia.

## 2.2. DIVISIÓN SEXUAL DE LAS TAREAS

La *División Sexual del Trabajo* (DST) es un concepto clave para entender las desigualdades de género, más allá del contexto rural, ya que profundizan distintas situaciones de precariedad o las habilita. Refiere a la asignación diferenciada de tareas productivas y reproductivas según el género, estructurando jerarquías y desigualdades tanto en el hogar como en el mercado laboral (D'Alessandro, 2017). Este esquema cultural naturaliza el papel de las mujeres como cuidadoras y sostenedoras del hogar, mientras reserva para los hombres las actividades productivas valoradas económicamente (D'Alessandro, 2017).

En los espacios rurales, estas lógicas se reproducen con particular fuerza, asignando a las mujeres tareas consideradas secundarias o de “ayuda/apoyo” familiar (Valenciano, Capobianco Urdiales & Toril, 2022; Livert, Miranda & Espejo, 2022). De este modo, la división sexual de las tareas no solo distribuye actividades, sino que organiza tiempos, responsabilidades y jerarquías que estructuran la vida cotidiana.

A partir de esta matriz se configuran dos dimensiones centrales para el análisis: el *trabajo de cuidado*, como contenido específico asignado a las mujeres dentro del orden reproductivo, y el *conflicto trabajo-familia*, como expresión de la superposición de demandas productivas y domésticas que dicha organización genera.

### 2.2.1. Trabajo de cuidado

El trabajo de cuidado comprende el conjunto de actividades orientadas a la reproducción de la vida cotidiana, entre ellas el cuidado de infancias, personas mayores o enfermas y el sostenimiento general del hogar (Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025). Estas tareas, realizadas de manera predominante por mujeres en el marco de una división sexual del trabajo tradicional, siempre han sido socialmente invisibilizadas y no remuneradas, en tanto suelen percibirse como una extensión “natural” de la feminidad o incluso como un no-trabajo. En este sentido, distintos aportes de la economía feminista advierten que el cuidado funciona como un sostén oculto del sistema económico, indispensable para su reproducción aunque socialmente desvalorizado (D'Alessandro, 2017; Fundación Juan Vives Suriá, 2010).

En los entornos rurales, esta dimensión adquiere rasgos particulares, ya que el cuidado se entrelaza de forma directa con la producción familiar debido a la superposición entre la unidad doméstica y la unidad productiva, cuyos límites resultan difusos (Logiovine & Bianqui, 2024). Las mujeres rurales articulan tareas agrícolas, ganaderas o de comercialización con el cuidado familiar y la gestión del hogar, configurando un continuo productivo-reproductivo caracterizado por jornadas extensas, fragmentadas y sin horarios definidos (Rosales, 2023). Esta organización del tiempo genera, a su vez, tensiones propias del conflicto trabajo-familia, asociadas a la incompatibilidad de demandas y a experiencias de fatiga, sobrecarga y estrés (Andrade Rodríguez & Landero Hernández, 2015).

A ello se suma el escaso desarrollo de servicios públicos de cuidado en territorios rurales —como guarderías u otras infraestructuras de apoyo—, lo que profundiza la sobrecarga femenina y restringe sus posibilidades de autonomía económica y participación social. Esta situación se ve agravada por déficits de infraestructura básica, tales como el acceso al agua, la energía o el transporte, que obligan a destinar tiempo adicional a tareas de subsistencia y vuelven el trabajo de cuidado comparativamente más demandante que en los contextos urbanos (Valenciano, Capobianco Urdiales & Toril,

2022; Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025).

### **2.2.2. Conflicto trabajo-familia**

El conflicto trabajo-familia refiere a la tensión que surge cuando las demandas del empleo y las responsabilidades domésticas se vuelven incompatibles o difíciles de conciliar (Andrade Rodríguez y Landero Hernández, 2015). En los entornos rurales, esta fricción se agudiza debido a la escasa delimitación física y temporal entre el hogar y el campo. Al no existir fronteras claras, la jornada laboral se vuelve ininterrumpida.

Garazi y Gómez Molla (2021) explican que las mujeres rurales suelen combinar múltiples tareas agrícolas y cuidado de animales con el trabajo doméstico y de crianza, lo que genera jornadas extensas y fragmentadas. Esta sobrecarga no solo agota el tiempo personal, sino que limita las posibilidades de participación en espacios comunitarios o de organización colectiva. De este modo, el esfuerzo femenino queda opacado por la inmediatez de las demandas cotidianas, dificultando su reconocimiento como una actividad con valor económico propio.

Desde un enfoque feminista, D'Alessandro (2017) plantea que este conflicto no debe entenderse como un problema individual o privado, sino como un fenómeno histórico y estructural. Este deriva de una organización social del cuidado que descansa sobre la desigual distribución de las tareas, donde la naturalización del rol de cuidadora funciona como una barrera que condiciona la autonomía y las trayectorias laborales de las mujeres en el territorio.

---

## CAPÍTULO 3: ABORDAJE METODOLÓGICO

### 3. ENFOQUE Y DISEÑO

La presente investigación se enmarca en un enfoque cualitativo, orientado a la comprensión de las perspectivas de los actores sociales a partir de sus experiencias, prácticas y los significados que le otorgan a su realidad (Vasilachis, 2006). Este abordaje resulta el más adecuado para tratar la economía informal y la división sexual del trabajo en el ámbito rural, ya que permite trascender los indicadores cuantitativos y captar las percepciones situadas de las mujeres ceresinas.

El diseño metodológico adoptado es flexible (Vasilachis, 2006), lo que implica que el proceso no se organiza de manera rígida ni lineal, sino que admite ajustes a partir de los hallazgos emergentes del trabajo de campo. Esta apertura es fundamental para reconstruir trayectorias diversas, permitiendo que nuevas categorías o dimensiones de análisis cobren entidad durante el curso de la indagación.

Asimismo, el trabajo se apoya en la *epistemología del sujeto conocido*. Esta perspectiva propone reconocer al ‘otro’ como portador de un saber legítimo sobre su propia realidad, evitando la cosificación del sujeto de estudio (Vasilachis, 2006). De este modo, el conocimiento no se construye desde la distancia, sino a partir de una interacción dialógica con las participantes, valorando los sentidos que ellas mismas atribuyen a sus vivencias laborales y familiares.

En términos operativos, la investigación se desarrolló de manera sincrónica durante el año 2025, utilizando la entrevista semiestructurada como técnica principal de recolección de datos. Se optó por un muestreo por conveniencia, decisión justificada por la complejidad del acceso al universo total de la población rural y la importancia de contar con participantes que acepten voluntariamente compartir sus relatos.

En conjunto, el enfoque cualitativo y el diseño flexible facilitaron un acercamiento respetuoso a las prácticas cotidianas de las mujeres rurales, manteniendo una coherencia ética y epistemológica que coloca a sus voces en el centro del análisis.

### 3.1. MARCO MUESTRAL

El universo de referencia de esta investigación comprende a las mujeres de la localidad de Ceres, provincia de Santa Fe, vinculadas a actividades agropecuarias y/o familiares en el ámbito rural.

Los criterios de inclusión definidos para la selección son: residir en la localidad, participar en tareas productivas (siembra, cosecha, cría de animales o apoyo logístico) y pertenecer a familias tanto asalariadas como propietarias o locatarias que trabajen sus propios predios. Por el contrario, se establecieron como criterios de exclusión a personas no residentes en Ceres, varones, infantes y sujetos vinculados a rubros ajenos a la ruralidad.

El corpus de datos se conformó mediante nueve (9) entrevistas individuales. Se resalta la realización de una entrevista piloto inicial, procedimiento que permitió ajustar el guión y la dinámica de trabajo. Vasilachis (2006) afirma que la investigación cualitativa se beneficia de estos ajustes constantes para que los instrumentos respondan con mayor precisión a las particularidades del territorio.

La selección de las participantes se realizó mediante un muestreo por conveniencia e intencional. En este enfoque, el interés no radica en la representatividad estadística, sino en la riqueza y profundidad de los relatos (Vasilachis, 2006). El acceso a las entrevistadas se vio favorecido por el contacto con docentes rurales, quienes oficiaron de nexo con mujeres que cumplían con el perfil buscado.

En cuanto a las consideraciones éticas, se garantizó el anonimato y la confidencialidad mediante el uso de seudónimos. Cada participante brindó su consentimiento informado tras ser notificada sobre la voluntariedad de su colaboración y los fines estrictamente académicos del estudio. Este resguardo ético es fundamental dado el carácter relacional y la cercanía que propone el trabajo de campo cualitativo.

Finalmente, si bien no se buscó una heterogeneidad dirigida, el diseño flexible permitió captar una diversidad de experiencias en función de la edad y el rol desempeñado en la unidad

productiva. Esto contribuye a evitar la simplificación de sus trayectorias y permite que emerjan las múltiples formas que adopta el trabajo rural femenino en Ceres.

### **3.2. TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE DATOS**

La técnica central de esta investigación es la entrevista semiestructurada individual. Esta herramienta se basa en una guía de preguntas previa, cuya flexibilidad permite incorporar nuevos interrogantes según el curso del diálogo. Este formato resulta óptimo en el marco cualitativo, ya que permite captar no sólo la información explícita, sino también los significados, emociones y matices que surgen en la interacción (Vasilachis, 2006).

La elección de esta técnica se justifica por su capacidad para explorar las vivencias y estrategias que las mujeres rurales desarrollan en su cotidianidad. Al permitir una adaptación constante a cada participante, se favorece un clima de confianza que es vital para abordar realidades atravesadas por desigualdades económicas y sociales. Las entrevistas se realizaron de manera presencial, con una duración promedio de entre 30 y 50 minutos, y fueron registradas en audio —previo consentimiento— para su posterior transcripción fiel. Los registros de estas conversaciones, debidamente anonimizados, forman parte del material de respaldo de esta investigación (ver Anexos III).

Como se mencionó anteriormente, la primera entrevista funcionó como prueba piloto. Esta instancia fue clave para evaluar la pertinencia del lenguaje utilizado y la dinámica de interacción, permitiendo ajustar el instrumento para que las conversaciones posteriores fueran más eficaces (Vasilachis, 2006).

La guía de preguntas se organizó en cuatro ejes analíticos que garantizan la coherencia con el marco teórico. La versión definitiva de este instrumento se puede consultar en el Anexo I de este trabajo.

- TRABAJO RURAL: Actividades desempeñadas, condiciones laborales y reconstrucción de trayectorias.
- ECONOMÍA INFORMAL: Modalidades de contratación, subregistro de la actividad y acceso (o falta de él) a la seguridad social.

- DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO Y DESIGUALDAD PREVISIONAL: Distribución de tareas y el anonimato de las labores de cuidado en relación con la protección social.
- CONFLICTO TRABAJO-FAMILIA: Estrategias de conciliación y tensiones entre los roles productivos y reproductivos.

Cada eje se estructuró mediante preguntas abiertas que buscaron evitar respuestas cerradas, propiciando que las entrevistadas definieran en sus propios términos las tensiones que configuran su vida en el campo. En definitiva, la entrevista semiestructurada permitió que el relato personal sea el motor para comprender la naturalización de las desigualdades y las múltiples formas de resistencia que las mujeres despliegan en Ceres.

### **3.3. PROCESAMIENTO DE DATOS**

El procesamiento de la información se realizó mediante el análisis de los relatos producidos en las entrevistas, a través de un trabajo de lectura, sistematización y comparación de los discursos. Se construyeron categorías analíticas de forma inductiva, recuperando los sentidos que las propias mujeres atribuyen a sus prácticas. En este proceso, se articularon las voces de las participantes con la perspectiva interpretativa de la investigadora, buscando trascender la mera descripción para alcanzar una comprensión profunda de los significados emergentes (Vasilachis, 2006).

Inicialmente, las entrevistas fueron transcritas de manera literal, preservando los matices del lenguaje y los giros idiomáticos locales. Para organizar el corpus y garantizar el anonimato, se identificó a la entrevistadora con la letra 'A' y a las participantes con letras consecutivas ('B', 'C', 'D', etc.). Posteriormente, a cada letra se le asignó un nombre ficticio para facilitar la lectura del análisis y humanizar los testimonios sin revelar la identidad real de las mujeres.

El material fue sometido a un proceso de análisis temático, identificando categorías vinculadas a los ejes teóricos —como la economía informal y la división sexual del trabajo— junto con hallazgos emergentes del campo. El procedimiento se organizó en tres etapas:

- ★ Etapa 1: Lectura exploratoria para familiarizarse con la totalidad del material.



- ★ Etapa 2: Identificación de fragmentos relevantes y segmentación de testimonios según los ejes teóricos y significados emergentes.
- ★ Etapa 3: Agrupamiento categorial y análisis interpretativo, otorgando sentido al material empírico bajo la lógica del enfoque cualitativo.

Para organizar y auditar la codificación, se utilizó una matriz de datos en Excel (Anexo IV) que permitió cruzar variables demográficas, roles y segmentos textuales. De esta manera, el análisis evitó imponer categorías externas de forma rígida, buscando que el conocimiento surja del diálogo con las significaciones de los sujetos (Vasilachis, 2006). Este enfoque permite que las experiencias de las mujeres en Ceres dejen de ser un relato fragmentado u omitido para constituirse en un saber fundamentado sobre su realidad laboral y familiar.

En síntesis, el andamiaje metodológico expuesto no busca la generalización estadística, sino la profundidad analítica. La combinación de un diseño flexible, una perspectiva epistemológica que valora el saber del otro y la técnica de entrevista semiestructurada, constituye la vía más adecuada para desentrañar las tensiones del trabajo rural en Ceres. Con este diseño, se busca que las experiencias de las mujeres dejen de ser un dato omitido para convertirse en el eje central de la producción de conocimiento de esta tesis.

Así, abrimos paso al siguiente capítulo, donde los relatos cobran protagonismo para desentramar las tensiones, los silencios y las resistencias que configuran el trabajo rural femenino en la actualidad.

## CAPÍTULO 4: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN DE LOS RESULTADOS

El presente capítulo desarrolla los hallazgos obtenidos mediante las entrevistas semiestructuradas realizadas a mujeres rurales de Ceres. Siguiendo la lógica cualitativa, el análisis se propone reconstruir los sentidos, prácticas y experiencias relatadas por las protagonistas, priorizando la riqueza de sus propias voces. Esta perspectiva permite que el análisis avance en un diálogo constante con la realidad, incorporando las tensiones y contradicciones que —lejos de ser ruidos en la investigación— constituyen el núcleo del trabajo de campo.

En línea con este planteo, el procesamiento de la información no se limitó a una descripción lineal, sino que buscó la interacción dinámica entre las dimensiones teóricas —trabajo rural, economía informal, división sexual del trabajo y conflicto trabajo-familia— y el material empírico. Como señala Vasilachis (2006), en este tipo de diseños los datos no se encajan en categorías predefinidas de manera rígida, sino que se construyen progresivamente.

Para contextualizar el capítulo, la muestra está integrada por nueve (9) mujeres de entre 17 y 66 años, lo que aporta un abanico amplio de trayectorias laborales y familiares dentro del contexto rural. Los datos demográficos y laborales se presentan en la Tabla 1, que resume edad, ocupación, nivel educativo, orientación productiva, entre otros.

Código	Edad	Estado Civil	Hijos	Nivel educativo		Ocupación principal	Tipo de trabajo que realiza en el campo	Vínculo con el medio rural
Bárbara	56 años	Casada	2	Terciario	Completo	Docente	Frigorífico/ Puestero	Locataria
Camila	27 años	Casada	1	Secundario	Completo	Empleada rural	Puestero	Relación de dependencia / Registrada
Dulce	66 años	Casada	3	Primaria	Completo	Jubilada	Tambo	Relación de dependencia / No registrada
Eunice	29 años	Casada	1	Terciario	Completo	Docente	Puestero	Desvinculada
Federica	35 años	Casada	3	Secundario	Incompleto	Ama de casa	Puestero	Relación de dependencia / No registrada

Guillerma	59 años	Casada	3	Primaria	Incompleto	Ama de casa	Tambo	Relación de dependencia / No registrada
Helena	38 años	Casada	2	Primaria	Completo	Ama de casa	Tambo	Relación de dependencia / No registrada
Irene	56 años	Casada	2	Secundario	Completo	Ama de casa	Puestero	Propietaria / No registrada
Jimena	17 años	Soltera	-	Secundario	Completo	Estudiante	Puestero	Relación de dependencia / No registrada

TABLA 1: Datos demográficos y laborales — Fuente: Elaboración propia en base a las entrevistas realizadas.

Estos perfiles presentan una notable heterogeneidad educativa: desde niveles primarios incompletos hasta formación superior. Esta diversidad influye directamente en la percepción de la autonomía; mientras las generaciones mayores han naturalizado el sacrificio manual, las jóvenes o con mayor formación tienden a priorizar el ingreso formal y la educación como vías de movilidad.

A pesar de que Federica (35 años), Guillerma (59 años), Helena (38 años) e Irene (56 años) se identifican inicialmente como *amas de casa*, el análisis de sus relatos revela una participación directa y esencial en la labor productiva. Tanto en puestos ganaderos como en tambos, su labor suele quedar opacada bajo las etiquetas de ‘ayuda’ o ‘aporte familiar’, ocultando una relación de dependencia productiva. Incluso en casos de inserción profesional, como el de Bárbara (56 años), la cotidianidad fusiona el empleo formal con tareas de hacienda y responsabilidades domésticas. En contraste, perfiles como el de Eunice (29 años) marcan una distinción en la forma de habitar el campo, centrando su actividad en la labor docente y el ámbito reproductivo.

El vínculo con el capital también arroja matices significativos. Irene (56 años) destaca como la única propietaria, desempeñando un rol clave en la logística y gestión administrativa; tareas que, al no ser remuneradas, suelen ser despojadas de su carácter profesional por el entorno. Por su parte, la mayoría de las entrevistadas operan bajo una dependencia informal ligada al parentesco, mientras que Bárbara (56 años) introduce la figura de la locataria, asumiendo una gestión compartida del riesgo productivo.

Las trayectorias analizadas permiten observar la persistencia de la precarización a través del tiempo. Desde Dulce (66 años), quien inició su labor en el tambo a los siete años, hasta Jimena (17 años), la entrevistada más joven que ya combina estudios con la hacienda familiar, se evidencia una incorporación temprana a la producción y al cuidado. Camila (27 años), en cambio, muestra signos de agencia al diversificar sus ingresos con un emprendimiento propio, buscando estabilidad económica que trasciende la labor rural tradicional.

El trabajo de campo, realizado en julio y octubre de 2025 en hogares, escuelas y espacios comunitarios, priorizó la construcción de un clima de confianza que facilitó diálogos realizados, con un promedio de 35 minutos cada uno. El muestreo inicial se amplió mediante la técnica de *bola de nieve*, consolidando un patrón común en los relatos: el solapamiento entre lo productivo, lo doméstico y lo administrativo.

Finalmente, este capítulo organiza los hallazgos en núcleos temáticos que ponen en diálogo los testimonios con el marco teórico y la especificidad del territorio ceresino. El objetivo no es la comprobación de una hipótesis rígida, sino la comprensión de cómo estas mujeres significan sus tareas, experimentan la precariedad y gestionan las tensiones de su vida cotidiana, reconociendo la entidad económica y social de sus relatos.

#### **4.1. La construcción subjetiva: ¿Ayuda o trabajo?**

Para comprender las relaciones laborales en el ámbito rural de Ceres, es imperativo analizar la dimensión subjetiva: cómo las propias protagonistas significan su hacer cotidiano. En estos territorios, la división sexual del trabajo (DST) no opera solo como una distribución de tareas, sino como un sistema cultural que naturaliza el papel de la mujer como cuidadora *por definición* (D'Alessandro, 2017). Esta estructura moldea una perspectiva situada (Ramos, 2016) desde la cual las mujeres interpretan su esfuerzo productivo no como un derecho al salario, sino como una “obligación natural” o un gesto de acompañamiento familiar.

Esta construcción se manifiesta con crudeza cuando el aporte de la mujer desaparece bajo la etiqueta del “no corresponder”. Helena, por ejemplo, asume que su presencia en el predio no posee el mismo estatus laboral que la de su pareja:

... *En el campo capaz que sí, pero como yo no estoy todo el día como Mario, no, no corresponde, viste... Coso. Y en la casa no. ¿Quién me va a pagar por limpiar el piso? Son cosas que se tienen que hacer.* (Helena, 38 años).

Al naturalizar que estas tareas "*se tienen que hacer*", el sistema garantiza la gratuidad de la fuerza de trabajo femenina. Esta invisibilidad no es azarosa; tiene una función económica clara: consolida al varón como el único titular legítimo de la producción y del ingreso. Esta lógica explica por qué, aunque el sustento sea fruto del esfuerzo colectivo, el reconocimiento monetario se concentra en una sola figura, como relata Bárbara al recordar su historia familiar:

...*el único contratado ahí que le pagaban era al papá. Pero trabajaban todos. Pero eso es trabajo familiar, una sola persona no lo puede hacer.* (Bárbara, 56 años).

Entonces emerge lo que podemos llamar la paradoja del esfuerzo: existe una igualdad absoluta para el sacrificio físico, pero una desigualdad total para el derecho económico. En el campo, las mujeres trabajan "codo a codo" con los varones, realizando tareas de gran exigencia, pero al momento de nombrar esa actividad, la identidad de "trabajadora" se diluye. Esta contradicción es la que convierte a la mujer en un sujeto "multiuso": alguien que es indispensable para que el campo funcione y la vida se sostenga, pero cuya labor es socialmente nula.

... *A mis hermanos, ellos sí trabajan porque a ellos les pagan... o sea nosotras no.* (Jimena, 17 años).

... *Sí, me gusta trabajar. Porque me gusta la plata (risas). Si somos sinceros, es por eso... La gente necesita vivir. No vive del amor.* (Eunice, 29 años)

...*Yo, por ejemplo, cuando estaba acá con mi papá, mi papá era albañil y me llevaba a trabajar con él. O sea, sé lo que es hacer un revoque... de hacerle tacto a una vaca, por ejemplo, lo aprendí ahí con mi marido.* (Federica, 35 años)

Desde la disciplina de las Relaciones del Trabajo, esta desposesión de la identidad laboral tiene consecuencias materiales devastadoras a largo plazo. No se trata solo de no recibir un

suelo hoy; se trata de una desprotección que se proyecta hacia el futuro. Al no ser reconocidas como trabajadoras durante sus años de mayor actividad, estas mujeres son condenadas a una desigualdad previsional estructural.

La mujer que hoy "ayuda" es la mujer que mañana llegará a la vejez sin una jubilación propia, quedando sujeta a la voluntad familiar o a la asistencia estatal (moratorias). En definitiva, la etiqueta de "ayuda" es el mecanismo que permite que el sistema agroproductivo externalice sus costos, utilizando la salud y el tiempo de las mujeres sin asumir la responsabilidad de su protección social. La precarización, por lo tanto, comienza mucho antes del contrato: comienza cuando el propio esfuerzo es negado como fuente de derechos.

#### **4.2. Dinámicas de la vida cotidiana: el continuo productivo-reproductivo**

Si la dimensión subjetiva invisibiliza el trabajo bajo la etiqueta de "ayuda", la dimensión material del cotidiano revela una realidad innegable: una sobrecarga de tareas que no reconoce fronteras físicas ni temporales. En el entorno rural de Ceres, la organización de la vida no se divide en compartimentos estancos de "empleo" y "hogar". Por el contrario, se manifiesta lo que la Economía Feminista denomina la simultaneidad de esferas (D'Alessandro, 2017), donde las exigencias de la producción y las necesidades de la reproducción se funden en un solo flujo ininterrumpido.

Esta inexistencia de límites obliga a las mujeres a gestionar las "urgencias del predio" y las "demandas del cuidado" de manera simultánea. La jornada no se mide por un reloj fichador, sino por los ciclos biológicos de los animales y las necesidades de la familia, comenzando mucho antes del amanecer y extendiéndose hasta altas horas de la noche. Dulce lo relata con una precisión que despoja de cualquier romanticismo a la vida rural:

*... El día normal era levantarse a las 4 de la mañana, ir al tambo, terminábamos a las 7... Después venía, tenías que lavar todos los tachos, limpiar todo, y después de ahí teníamos que ir a limpiar la casa, ver, dar de comer las gallinas, los pavos, los chanchos, los chivos. (Dulce, 66 años).*



En este esquema, el trabajo doméstico no es lo que se hace "después" del trabajo, sino lo que ocurre "durante". La fragmentación del tiempo es total: se lavan los tachos del tambo mientras se piensa en la limpieza de la casa; se alimenta a los animales menores mientras se cuida a los hijos. Esta disponibilidad permanente configura lo que las propias protagonistas definen bajo la categoría de sujeto "multiuso":

*... sos multiuso, multiuso, porque tenés que hacer todo. Hacer lo de la casa, criar a los chicos, atender a tu marido... el campo. (Dulce, 66 años).*

Ser "multiuso" no es una virtud, sino una estrategia de supervivencia impuesta por la precariedad de servicios y la rigidez de la División Sexual del Trabajo. Esta categoría explica la profunda pobreza de tiempo que atraviesan. Mientras que el varón suele concentrarse en una tarea productiva específica (la siembra, la hacienda), la mujer debe diversificar su esfuerzo para garantizar la sostenibilidad de la vida en el campo. Varios de los testimonios refuerzan esta idea de la jornada que "no termina", donde el cuerpo es el único territorio donde se cruzan todas las demandas:

*... Yo me levanto a las 5, desayunamos con Mario, y vamos a llevar las vacas a ordeñar... Después yo me voy a la casa, y si hay que limpiar algo lo limpio, o lavar la ropa. Miro los otros animales, busco los huevos y les doy de comer. Cuando termino con eso empiezo a cocinar. (Helena, 38 años).*

*... Hasta el tractor, manejé todo... Estábamos los dos, él sembraba y yo araba. No, si hice todo. (Guillerma, 59 años).*

*...Que todos los días eran iguales. Limpiar, cocinar, limpiar, cocinar. No, acá (en la ciudad) tengo más vida. (Eunice, 29 años)*

Desde la perspectiva de las Relaciones del Trabajo, este "continuo" es el que garantiza la eficiencia del sistema agroproductivo ceresino. El campo es productivo porque hay una mujer *multiuso* asegurando que los trabajadores estén alimentados, que los animales menores generen ingresos complementarios y que las tareas administrativas se cumplan, todo esto sin que el sistema deba invertir en servicios de cuidado externos.

Sin embargo, el costo de esta eficiencia es la anulación de la disponibilidad personal. Al estar siempre "en el trabajo" —porque el hogar *es* el lugar de trabajo—, el tiempo de ocio, de formación o de descanso desaparece. Esta sobrecarga no es un evento aislado, sino la base material de la precarización: una labor omnipresente que consume la salud y el tiempo vital de las mujeres, mientras permanece fuera de los registros de la productividad oficial.

*...Es de lunes a lunes porque no hay... Todos los días son iguales, no hay una diferencia en el cambio del trabajo... es el famoso 24/7. (Bárbara, 56 años)*

*...Llegábamos a las 10 de la noche, salíamos de casa a las 7 de la mañana... Tenías que seguir de largo. (Irene, 56 años)*

### **4.3. Precarización y desprotección previsional**

Desde las Relaciones del Trabajo, la informalidad no debe entenderse únicamente como la ausencia de un contrato, sino como un rasgo estructural que externaliza los riesgos del sistema productivo sobre los sujetos más vulnerables. En el ámbito rural ceresino, hallamos una feminización de la precariedad (Livert, Miranda & Espejo, 2022), donde el trabajo femenino funciona como una reserva de energía gratuita que sostiene al establecimiento pero que carece de la *zona de cohesión* que otorga el empleo estable (Castel, 1997, como se citó en Neiman et al., 2023).

Esta desprotección se manifiesta en una omisión administrativa que despoja a la mujer de su estatus de sujeto de derecho. Irene lo sintetiza en una conversación con su profesional contable que revela la inexistencia de su identidad salarial:

*... el contador siempre me dice: “Qué sueldo tenes vos?” “No, yo no tengo sueldo”, le digo. (Irene, 56 años).*

Esta falta de remuneración directa no es una ausencia de labor, sino una informalidad generizada: el sistema agroproductivo asume que el trabajo de la mujer es un aporte familiar "natural" (Neffa, 2010), lo que permite que el establecimiento ahorre costos de seguridad social. Sin embargo, lo que hoy es un ahorro para la unidad productiva, mañana es una desigualdad

previsional estructural. Al no existir aportes ni registro, la trayectoria laboral se vuelve un *historial en negro* que solo se hace visible al momento de la jubilación:

*... No me dan los años de aporte, porque esos años que yo trabajé, trabajé en negro. (Bárbara, 56 años).*

*...(Mi marido) me dice el otro día: “che, se termina la moratoria de la jubilación y vos no te vas a jubilar”. “Para qué”, le digo, “tengo que aportar un montón”. (Irene, 56 años)*

*...Me encantaría (jubilarse). Pero no sé si pueda. Viste que el gobierno actual no le gustan las jubilaciones para amas de casa. Si siguen gobiernos así no creo que llegue. (Helena, 38 años)*

Frente a esta injusticia, Bárbara formula una lectura política que interpela directamente al diseño del sistema de contratación rural. Su propuesta apunta a romper con la titularidad masculina única, exigiendo un reconocimiento individual que garantice la autonomía económica de la mujer desde el inicio del vínculo:

*... Tendría que ser que, cuando va un matrimonio, que no lo contraten solo al hombre, que la contraten a la mujer también, que ella tenga su sueldo y sus aportes... porque vos estás trabajando a la par de él. (Bárbara, 56 años).*

Este planteo refuerza la idea de que la precarización no es una "inevitabilidad" del campo, sino una decisión de diseño del sistema productivo. Aun cuando existe una voluntad de formalidad, las mujeres enfrentan lo que Knopoff y Biaggi (2021) denominan trayectorias fragmentadas: la inestabilidad de los ingresos rurales y la falta de excedentes terminan expulsando a las mujeres de la seguridad social.

Esta intermitencia laboral y contributiva consolida lo que Minoldo y Peláez (2020) definen como precariedad previsional estructural de género. En otras palabras, el trabajo no remunerado actúa como un subsidio *invisible* al sistema agrario. Al no reconocerse la paridad en el esfuerzo, se condena a las mujeres a una vejez dependiente de la voluntad familiar o de

moratorias estatales, despojándolas de la ciudadanía laboral que legítimamente han construido con décadas de labor en el territorio.

#### **4.4. Reconocimiento y Valoración Social: la vulneración simbólica del "deber ser"**

Más allá de la precariedad material y económica, en los hallazgos se observa que las participantes enfrentan una dimensión que opera en el plano de lo intangible: la falta de legitimación social. Este fenómeno puede analizarse a través del concepto de *vulneración simbólica* (López, 2021), donde la experiencia subjetiva de la desigualdad se profundiza no por lo que se hace, sino por lo que no se reconoce. En el entorno rural, el trabajo de la mujer es esencial para el funcionamiento del sistema agroproductivo, pero su valor social es nulo debido a que se encuentra atrapado en el mandato del *deber ser*:

*...A veces se me hace imposible venir (al curso de yeso) más que nada por el trabajo de mi marido... Yo de ahí del curso salgo a las nueve. Y es como que tengo que dejar a mis nenes... yo prefiero perder la clase. (Federica, 35 años)*

La comunidad y el entorno familiar no perciben el esfuerzo femenino como una contribución excepcional, sino como una extensión natural de su identidad de género. Esta naturalización anula la entidad de la mujer como sujeto de derechos, manteniendo una lógica donde el sacrificio no se agradece, sino que se exige. Bárbara analiza esta mirada externa que borra la identidad laboral:

*... Yo sostengo que a la mujer rural no se la valora por el trabajo que hace... (La comunidad) lo da por sentado que es algo que vos debés de hacer. (Bárbara, 56 años)*

Esta falta de valoración impacta directamente en la construcción de la identidad y la autoestima. Cuando el entorno "da por sentado" el esfuerzo, la mujer queda despojada de la posibilidad de ser vista y validada. Esta dinámica de invisibilidad suele tener raíces profundas en la historia familiar, donde la ausencia de gestos mínimos de reconocimiento simboliza un lugar

de postergación sistemática. El testimonio de Dulce revela cómo ese silencio familiar marca una trayectoria de despersonalización:

*... Mis papás no eran de... ellos nunca... de decirte que ellos me hubiesen dicho, bueno, el día del cumpleaños “feliz cumpleaños”, nunca, ni te enterabas.*

(Dulce, 66 años)

Asimismo, el *deber ser* se manifiesta en la desvalorización cotidiana de las tareas domésticas y de cuidado, que son criticadas o minimizadas por el resto de los integrantes del hogar, reforzando la idea de que la mujer es un sujeto al servicio de los demás más que una trabajadora con derecho al respeto y la gratitud. Jimena describe esta falta de validación en su propia casa:

*... Qué van a valorar esos, si siempre se quejan. Siempre me dicen “no, cocinaste horrible hoy”. Son re hijos de puta (risas). (Jimena, 17 años)*

Es importante destacar que la falta de reconocimiento social es el paso previo a la falta de derechos laborales. Una sociedad que no "ve" el trabajo de la mujer rural es una sociedad que no se pregunta por su seguridad social, su salud o su descanso. El mandato del *deber ser* funciona como un mecanismo que neutraliza cualquier demanda de paridad; si la labor es percibida como una obligación moral o natural, no hay espacio para la negociación o el salario.

*...Al principio, incluso mi suegra me cuestionaba de por qué yo tenía que llevar a los chicos a la escuela, por qué yo me quedaba, porque la mentalidad de antes era esa... Mi suegra estaba en el campo. (Irene, 56 años)*

En conclusión, la *vulneración simbólica* refuerza la jerarquía de poder en el campo, marginando a las mujeres a una existencia donde su centralidad productiva convive con su omisión como sujetos sociales. Reconocer esta desigualdad implica, necesariamente, romper con la idea de que la labor femenina es algo dado, para empezar a nombrarla como lo que es: un trabajo indispensable que sostiene la vida y la economía del territorio.

#### 4.5. Estrategias de agencia y resistencia

A pesar de la estructura interiorizada analizada en los ejes anteriores, las trayectorias de las participantes sugieren que no son sujetos pasivos. Por el contrario, despliegan lo que Ramos (2016) denomina capacidad de agencia: la facultad de los individuos para actuar, tomar decisiones y transformar su realidad, incluso bajo condiciones de fuerte subordinación. En este contexto, la agencia se manifiesta en la creación de *vías de escape* que buscan romper la trayectoria de precariedad y dependencia económica.

Una de las principales estrategias de resistencia es la generación de ingresos propios a través del "rebusque" o emprendimientos independientes. Estos espacios permiten a la mujer disponer de un capital que no pasa por la titularidad masculina, otorgándole una cuota de poder de decisión en el hogar. Camila describe cómo la diversificación de tareas le permite gestionar su propio recurso:

*... Desde que me vine al campo empecé, hice un emprendimiento, empecé con venta de ropa y calzado. Más por pedido... O criás algún animal o algo y lo vendés y te hacés tu plata. (Camila, 27 años)*

Asimismo, la resistencia se ejerce robándole tiempo al descanso para construir una labor profesional propia. Dulce relata cómo realizó cursos de costura a distancia, el cual fue el resultado de una lucha silenciosa contra el agotamiento y la falta de horas personales:

*... Había estudiado costura, corte y confesión por correo... a la noche yo me quedaba, ellos iban a dormir, yo me quedaba... lo hice, con sacrificio, pero lo hice. (Dulce, 66 años)*

Sin embargo, la estrategia de agencia más potente y compartida es la apuesta por la educación. Para las entrevistadas, la escolarización de los hijos no es solo un trámite administrativo, sino una inversión política para romper el ciclo de la "ayuda familiar" no remunerada. Existe una conciencia clara de que el conocimiento es la única propiedad que el sistema no puede expropiar:

*... Ustedes recíbánselo y después si quieren hacen lo que quieran. El título y el aprender no se los quita nadie. (Irene, 56 años)*



---

*... Yo no quiero que ellos trabajen en el campo, si están en el campo con nosotros, pero no me gusta. Yo prefiero que estén en la casa o que hagan cosas de la escuela. (Helena, 38 años)*

Desde esta perspectiva, este impulso hacia la profesionalización representa la búsqueda de una ciudadanía laboral plena. El título académico aparece en los relatos como un capital inalienable; un resguardo de autonomía que garantiza que la próxima generación no quede sujeta a la voluntad de un tercero o a la informalidad de la ruralidad. En última instancia, estas estrategias de resistencia demuestran que, aunque el sistema rural ceresino se sostenga sobre su invisibilidad, las mujeres están sembrando, a través del estudio y el emprendimiento, las bases de una nueva forma de habitar el campo: una donde el trabajo se traduzca en derecho y libertad.

## CAPÍTULO 5: HALLAZGOS EMERGENTES

Los hallazgos que se presentan en este capítulo surgen del análisis reflexivo de los relatos, donde comenzaron a emerger experiencias y situaciones que no habían sido previstas estrictamente en el marco teórico inicial. A lo largo del trabajo de campo y del proceso de codificación, estas dimensiones cobraron una centralidad inesperada, demandando un espacio propio de análisis por la fuerza con la que aparecieron en las narraciones.

La relevancia de estos puntos radica en su capacidad para complejizar las trayectorias vitales de las entrevistadas. Al incorporar aspectos que atraviesan la salud, la memoria de la niñez, la toma de conciencia sobre los mandatos de género y la construcción de redes de cuidado, se logra una mirada situada que da cuenta de las consecuencias sociales y subjetivas de la precarización.

Estas dimensiones emergentes no pretenden sustituir los ejes estructurales del estudio, sino complementarlos. Su incorporación permite vincular los procesos macro —como la división sexual del trabajo— con las vivencias micro que, aunque a menudo son naturalizadas, constituyen la trama real donde se configuran sus vidas. Se trata, en definitiva, de dejar que el campo hable y complete los vacíos de la teoría clásica.

### 5.1. Salud, cuerpo y territorio

Este hallazgo constituye una manifestación directa de la vulnerabilidad que acarrea la precariedad laboral. Se trata de un proceso que deja marcas físicas y psíquicas, donde el cuerpo de las trabajadoras se convierte en el receptor final de las carencias del sistema (Albertí, Pastor, & Pedreño, 2023, como se citó en Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025). La precarización, definida por la ausencia de protección y seguridad social (Neffa, 2010), se agrava en el ámbito rural por el impacto de la doble o triple jornada, que anula los tiempos de recuperación biológica y psíquica.

Bárbara describe este desgaste como un límite donde la voluntad ya no alcanza para suplir el cansancio:

... *No me daba ni la cabeza ni el cuerpo.* (Bárbara, 56 años)

Este agotamiento es una consecuencia directa de la sobrecarga de tareas y la limitación del tiempo de ocio, factores que erosionan la salud mental al obligarlas a estar en una disponibilidad permanente (Linardelli, 2021). Sin embargo, el impacto no es solo inmediato; las entrevistas revelan una acumulación histórica de daños que emergen con los años. Guillerma vincula su patología actual con la exposición a condiciones climáticas extremas y la falta de insumos básicos en su vida laboral activa:

... *Tengo los riñones que no me trabajan bien... eso dice que todo lo que uno... cosas que pasó antes, viste, todo eso con el frío. Que uno se resfriaba, que no había nada... que tenías que hacer (los medicamentos) todo casero.* (Guillerma, 59 años)

Entonces, estas hostilidades del entorno adquieren una dimensión política: ilustra cómo las deficientes condiciones del medio ambiente de trabajo (CyMAT) se internalizan, transformándose en enfermedades crónicas. La precariedad agraria no es un evento aislado, sino un proceso de desgaste vital (Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025). El territorio rural “enferma” porque, ante la falta de infraestructura, el cuerpo debe actuar como escudo.

Por su parte, el relato de Irene pone de manifiesto el impacto de la carga mental y la responsabilidad afectiva ininterrumpida. Su diagnóstico funciona como metáfora del sostener a los demás a costa del propio bienestar. El cuerpo de Irene “se rompe” cuando la demanda de cuidado —hijos, padres, suegros, nietos— supera la capacidad de resistencia física:

... *yo me dedicaba siempre a los demás... a los chicos, a mi hija, después a mis padres, a mis suegros. Y en el 2019... yo me empecé a enfermar... Cuando retomamos (después de la pandemia) nació mi nieto, me dedicaba más a mi nieto. Me rompo el manguito rotador. Cuando voy al médico me dice “eso se rompe por accidente o por estrés” y yo había tenido un pico de presión de veinticuatro... El cuerpo te pasa factura... Después, tenía el hígado graso, tenía el cortisol alto. Ahí*

*me di cuenta de que querer estar en todos lados no se puede... porque te lleva a un camino que te enferma.* (Irene, 56 años)

En definitiva, este hallazgo demuestra que la falta de reconocimiento y la precariedad laboral de las participantes tienen un correlato médico: La salud de estas mujeres no se deteriora por causas naturales, sino por una estructura social que utiliza su integridad física y mental como combustible para sostener la unidad productiva. Como se ha analizado, estas marcas corporales constituyen la única "contabilidad" real de sus años de servicio, una memoria física que el sistema administrativo y previsional se niega a registrar.

## **5.2. Pérdida de la niñez**

La pérdida de la niñez surge como un resultado de la pobreza estructural y de la necesidad de supervivencia económica de los hogares rurales. Este fenómeno fuerza la incorporación temprana de niñas y adolescentes a las labores productivas y reproductivas, acortando la infancia y restringiendo drásticamente las oportunidades de formación. Como señalan Aparicio y Crovetto (2015), esta dinámica es un indicador crítico de vulnerabilidad que marca el inicio de trayectorias laborales precarias.

Dulce (66 años) relata su iniciación temprana y la intensidad de las tareas: fue puesta a ordeñar *a los siete años* y le sumaban más vacas *hasta que te empezaste a curtir las manos*. Esta asunción de roles productivos desde la infancia revela una trayectoria laboral prolongada que comienza por necesidad y no por elección (Albertí, Bardomás y Neiman, 2022).

Bárbara (56 años) complementa esta visión, mostrando la exposición de menores a tareas rudas y entornos laborales: con 13 años, *ayudaba a carnear los animales y a cuerear*. Dicha exposición no apta para menores ilustra cómo la precarización del mercado laboral y la presión económica familiar impulsan a la mano de obra joven a sumarse a la actividad productiva (Aparicio & Crovetto, 2015).

Por otro lado, Jimena (17 años) ejemplifica cómo la división sexual del trabajo asigna el rol reproductivo a las niñas como una asimilación temprana de los mandatos de cuidado que tradicionalmente se esperan de la mujer: aprendió a cocinar *desde los 12 y 13 por ahí* y es

encargada de la cena en su hogar. Esta carga de responsabilidades domésticas, además de invisibilizar su valor económico, compite directamente con el tiempo dedicado al estudio y al personal, además de poder constituirse como una causa silenciosa de deserción escolar (Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025).

### 5.3. Conciencia sobre los roles de género

La conciencia sobre los roles de género surge como una reflexión crítica ante la división sexual del trabajo (DST) y la doble jornada, dimensiones que funcionan como pilares de la precarización laboral femenina (Logiovine & Bianqui, 2024). Al respecto, Bárbara (56 años) diferencia el papel del hombre en el campo, que *lo único que te hace es sentarse y comer* además de la tarea rural, mientras que *la mujer a veces tiene una doble jornada*. Esta percepción sobre la asunción de una carga duplicada es un hallazgo que visibiliza la injusticia de la DST (D'Alessandro, 2017) y cuestiona el privilegio de descanso masculino frente a la disponibilidad femenina permanente.

Por su parte, Eunice (29 años) describe la *monotonía* del rol doméstico como una secuencia ininterrumpida de *limpiar, cocinar, limpiar, cocinar*, una rutina que la impulsó a buscar alternativas externas. Su relato evidencia la insatisfacción subjetiva frente al confinamiento en el ámbito reproductivo, que a menudo son reducidas a una repetición carente de sentido económico (Logiovine & Bianqui, 2024).

Finalmente, la ruptura más evidente con los mandatos tradicionales aparece en las generaciones jóvenes; Jimena (17 años) critica abiertamente la desigualdad en el hogar al señalar que sus hermanos varones *son re vagos y no hacen una mierda* en cuanto a la limpieza y el cuidado, cuestionando frontalmente por qué su madre sigue *lavándoles* la ropa. Esta confrontación generacional desnaturaliza el rol del varón como sujeto exento de responsabilidades domésticas y expone la falta de corresponsabilidad, denunciando la invisibilización del trabajo femenino que sostiene el bienestar de los varones de la familia (Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad, 2022).

#### 5.4. Redes de cuidado

Las redes de cuidado constituyen una estrategia colectiva esencial para la sostenibilidad de la vida y funcionan como un mecanismo de resistencia ante la falta de protección institucional y la sobrecarga que impone la precarización (Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025). Dado que la oferta de servicios públicos de cuidado es insuficiente o inexistente en los entornos rurales de Ceres, las mujeres recurren a parientes —madres, suegras, hermanas o vecinas— para delegar parcialmente el trabajo reproductivo. Esta externalización informal es, en muchos casos, la única vía que les permite acceder a espacios de autonomía económica a través del trabajo remunerado o a instancias de formación educativa.

Al respecto, Bárbara (56 años) y Eunice (29 años) ejemplifican la dependencia de estas redes familiares para el desarrollo de sus proyectos personales; mientras que Bárbara delegó el cuidado de sus hijos en su suegra para poder sostener sus estudios y su empleo, Eunice optó por mudarse a la zona urbana de Ceres para contar con el apoyo directo de su madre y su hermana. Estos movimientos ilustran cómo las mujeres rurales se ven forzadas a tejer *cadena de cuidados* para garantizar su subsistencia y crecimiento fuera del predio (Logiovine & Bianqui, 2024).

A su vez, la experiencia de Jimena (17 años) demuestra que este entramado se extiende más allá del parentesco consanguíneo. Al actuar como niñera de los vecinos oriundos de Santiago del Estero durante la hospitalización de la madre, su relato evidencia un sistema de apoyo comunitario que garantiza la reproducción social donde las instituciones no llegan (Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres, 2025).

Por último, el caso de Guillerma (59 años), quien asumió el cuidado de su suegro enfermo junto a su suegra mientras su marido permanecía en las tareas del campo, pone de manifiesto el solapamiento dinámico entre los cuidados familiares y la responsabilidad moral que recae históricamente sobre las mujeres de diversas generaciones. Este trabajo de cuidado se constituye como un límite estructural que las entrevistadas intentan sortear mediante la solidaridad femenina, pero que, en última instancia, continúa condicionando sus trayectorias laborales y sus posibilidades de desarrollo autónomo (D'Alessandro, 2017).

## CONCLUSIÓN

A partir del análisis de las trayectorias de los testimonios recabados de las mujeres partícipes, esta investigación permite concluir que sus experiencias se encuentran atravesadas por una doble desigualdad estructural. Por un lado, la precarización propia del sector agropecuario, caracterizada por la informalidad; por otro, una división sexual del trabajo (DST) que invisibiliza su aporte económico. Los hallazgos confirman la hipótesis planteada: el sistema agroproductivo local se sostiene sobre un trabajo femenino esencial pero históricamente deslegitimado, demostrando que el sistema agroproductivo local se sostiene sobre una distribución desigual de tareas que limita la autonomía femenina y cuenta con un bajo reconocimiento social.

En respuesta al primer objetivo específico, los relatos sobre los significados del trabajo revelan una tensión persistente entre las nociones de *ayudar* y *trabajar*. Las mujeres describen tareas que combinan actividades agrícolas, cría de animales y una compleja administración macroeconómica del hogar. Sin embargo, esta labor es significada como "ayuda" debido a las disposiciones de género que posicionan al varón como único titular legítimo del ingreso. El trabajo femenino, carente de remuneración directa, queda así naturalizado como una obligación moral, despojándolo de su entidad como actividad productiva plena ante los ojos de la familia y de ellas mismas.

Respecto a las dinámicas de la vida cotidiana, se evidencia una superposición constante entre lo productivo y lo reproductivo. Resulta un hallazgo fundamental la paradoja de la igualdad técnica frente a la desigualdad doméstica: en el campo, las mujeres trabajaban *codo a codo* y *a la par* con los hombres, sin distinción de género ante tareas físicamente exigentes como buscar animales o arar. Sin embargo, esta simetría se quebraba al ingresar al hogar, donde *el trabajo de la mujer ellos no lo hacían*. Esta asimetría demuestra que, mientras el espacio productivo permitía una integración de hecho, el espacio doméstico permanecía como un territorio de exclusividad femenina, consolidando la doble y triple jornada.

Sobre la precarización y las barreras de acceso a derechos, el estudio permite concluir que la precarización en el ámbito rural debe entenderse con perspectiva de género. No se expresa únicamente en la falta de registración contractual —barrera estructural para la jubilación—, sino

que se inscribe en los cuerpos. La precarización es un proceso generizado que se manifiesta en el agotamiento crónico, lesiones y enfermedades vinculadas al estrés de *querer estar en todos lados*. Desde las Relaciones Laborales, esto evidencia que el sistema externaliza sus costos de reproducción sobre la salud física y mental de las mujeres, quienes funcionan como el soporte no remunerado que absorbe las crisis y contingencias del sector.

En cuanto al reconocimiento de su labor, las mujeres perciben que su esfuerzo es *dado por sentado* por sus familias y la comunidad. Esta falta de legitimación social las obliga a desplegar estrategias de agencia y resistencia, tales como el "changuero" para generar liquidez propia, el tejido de redes de cuidado comunitarias para suplir la ausencia de servicios públicos y, fundamentalmente, la apuesta por la educación de sus hijos como vía de movilidad social para romper el ciclo de sacrificio que marcó sus propias vidas.

En síntesis, esta investigación aporta una reflexión disciplinar que amplía el campo de las Relaciones del Trabajo al incorporar una realidad poco problematizada. El análisis permite sostener que las relaciones laborales no se limitan al empleo formal, sino que se configuran en espacios donde no median contratos ni salarios, pero donde el trabajo es continuo e indispensable para la reproducción social.

Reconocer estas trayectorias implica asumir que la precarización laboral adquiere rasgos específicos cuando se articula con el género y el territorio. El rol del profesional en Relaciones del Trabajo no debe limitarse a describir estas desigualdades, sino a comprenderlas desde una mirada situada, capaz de incorporar humanidad, conflicto y sentido social donde el trabajo ha sido históricamente silenciado.

## BIBLIOGRAFÍA

- Albanesi, R., & Propersi, P. (2006). Familias rurales y estructura agraria en el sur de Santa Fe, Argentina. Ponencia presentada en el VII Congreso Latinoamericano de Sociología Rural, Quito, Ecuador.  
<https://rephip.unr.edu.ar/server/api/core/bitstreams/3b53018a-7e00-480f-b897-214191e1c755/content>
- Albertí, A., Bardomás, S., & Neiman, G. (2022). Trabajo, familia y subjetividad. Conformación de trayectorias laborales entre asalariados y asalariadas agrícolas de la provincia de Tucumán, Argentina. *Papeles de Población*, 28(111), 103–128.
- Alegre, S., Lizárraga, P., & Brawerman, J. (2015). Las nuevas generaciones de mujeres rurales como promotoras del cambio. Un estudio cuanti-cualitativo de la situación de las mujeres rurales jóvenes en Argentina. Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación – UCAR.
- Andrade Rodríguez, L. G., & Landero Hernández, R. (2015). Bases teóricas del conflicto trabajo-familia. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 7(1), 185–198.
- Aparicio, S., & Crovetto, M. (2015). Los jóvenes en el agro argentino: inicios tempranos en el mundo del trabajo. *Carta Económica Regional*, (27), 90.
- Asociación Civil Lola Mora & ONU Mujeres. (2025). Producir y reproducir la vida. Mujeres rurales y cuidados en el área del Gran Chaco argentino.
- Bellezze, N. J. R. (2011). El origen del nombre de sus pueblos y algo más: Provincia de Santa Fe. Edición independiente.
- CEPAL, FAO, & IICA. (2016). El desarrollo rural en América Latina y el Caribe: logros, retos y perspectivas. *Nueva Sociedad*, (260), 56–71. Conferencia organizada por la Fundación Friedrich Ebert.
- Chen, M. A. (2012). La economía informal: definiciones, teorías y políticas (Documento de Trabajo WIEGO N° 1). *Mujeres en Empleo Informal: Globalizando y Organizando*.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2022). Estimación de la probabilidad de informalidad laboral a nivel comunal en Chile (Documentos de Proyectos LC/TS.2022/5). Naciones Unidas.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), FAO, & IICA. (2015). Perspectivas de la agricultura y del desarrollo rural en las Américas 2015–2016. CEPAL/FAO/IICA.
- D'Alessandro, M. (2017). Economía feminista. Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour) (3ª ed.). Editorial Sudamericana.

- Valenciano, J. de P., Capobianco Urdiales, M., & Toril, J. U. (2022). Vulnerabilidad laboral de la mujer rural latinoamericana . *Nóesis. Revista De Ciencias Sociales Y Humanidades*, 26(52), 130–151.  
<https://doi.org/10.20983/noesis.2017.2.6>
- Fundación Juan Vives Suriá. (2010). *Lentes de género: lecturas para desarmar el patriarcado*. CLACSO.
- Garazi, D., Gómez Molla, R., & otros. (2021). *Mundos del trabajo y relaciones de género: aportes y desafíos de una agenda de estudios interdisciplinar. Descentrada*, 5(1), 1–12.
- González, M. L. (2022). *Trabajo informal, precario y no registrado*. FLACSO Argentina / Centro de Investigación y Formación de la República Argentina (CIFRA-CTA)
- Herrera, K. M., Desconsi, C., Birochi, R., & Pacifico, D. A. (2024). *Trabalho e gestão das mulheres na agricultura familiar*. *Revista de Economia e Sociologia Rural*, 62(3), e281922. <https://doi.org/10.1590/1806-9479.2023.281922pt>
- Jiménez, M. (2011). *La economía informal y el mercado laboral en la Argentina: Un análisis desde la perspectiva del trabajo decente (Documento de Trabajo No. 116)*. Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales (CEDLAS), Universidad Nacional de La Plata.
- Knopoff, M. S., & Biaggi, C. (2021). *Las mujeres rurales en Argentina. Análisis de datos censales*. OSF Preprints. <https://osf.io/preprints/osf/dyuxe>
- Lewkow, L. (2014). *Aspectos sociológicos del concepto de percepción en la teoría de sistemas sociales*. *Revista Mad - Universidad de Chile*, (31), 29-45.
- Linardelli, M. F. (2024). *Más allá de las oportunidades de empleo*. *Mundo Agrario*, 25(60), e257.
- Livert, F., Miranda, F. y Espejo, A. (2022). *Estimación de la probabilidad de informalidad laboral a nivel comunal en Chile (Documentos de Proyectos LC/TS.2022/5)*. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Logiovine, S. (2017). *División sexual del trabajo y ruralidades: abordaje psicosocial sobre el usos del tiempo y trabajo no remunerado en mujeres rurales*. IX Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIV Jornadas de Investigación XIII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Logiovine, S. y Bianqui, V. (2024). *El recorrido de las asalariadas rurales en Argentina: una propuesta de relevamiento sobre sus trayectorias laborales*. *Trabajo y Sociedad*, (44), 387-406.

- López, D. G. (2016). La experiencia subjetiva de la desigualdad en la vida cotidiana. *Contribuciones de la sociología fenomenológica de Alfred Schutz. Trabajo y Sociedad*, (27), 221-232.
- Luparia, C. H. (2000). El sector informal rural. *Gaceta Laboral*, 6(3), 337–345.
- Mercado Mott, M., & Mingo Acuña Anzorena, M. E. (2021). Ahora que sí las vemos, miremos la ruralidad. *Condiciones de trabajo y participación sindical de las asalariadas agrícolas*.
- Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad. (2022). *Perspectiva de género y diversidad. MinGéneros–CLACSO*.
- Minoldo, S. y Peláez, E. (2020). Desigualdad previsional: un debate impostergable. En *Seguridad social latinoamericana (Boletín n.º 2 del Grupo de Trabajo Seguridad social y sistemas de pensiones, pp. 36-45)*. CLACSO.
- Neffa, J. C. (2010). *El sector informal, la precariedad y el trabajo no registrado. CEIL–CONICET*.
- Neiman, G. (2020). *Acerca de la estructura y condiciones del empleo en el sector agropecuario argentino. Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL-CONICET)*.
- Neiman, G., Bardomás, S., & Quaranta, G. (2003). *El trabajo en el agro pampeano. Análisis de la demanda de trabajadores asalariados. Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios, N ° 19, 2 do semestre 2003*.
- Neiman, M., Lombardi Mayan, J., Bardomás, S., Bober, G., Chernobilsky, L. y Neiman, G. (2023). *Heterogeneidad y vulnerabilidad del empleo agrario en la Argentina. Un análisis de clúster. Estudios del Trabajo, (66)*.
- Nicolini Llosa, S. (2016). *Mujeres rurales, motores de desarrollo. Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). Argentina*.
- Nogueira, M. E. (2016). *Rural y urbano en lo cotidiano de las ciudades pequeñas: Una reflexión a partir de pueblos rurales del sur de Santa Fe, Argentina. Historia Regional, (35), 121-132*.
- Paz, M. L., & Martínez, C. E. (2020). *Trabajadores agrarios en Córdoba. CLACSO*.
- Pellegrini, J. L. (2017). *Grado de ruralidad del empleo agrario. Congreso ASET*.
- Pessolano, D., & Linardelli, M. F. (2021). *Trabajo reproductivo en el medio rural. CUHSO, 31(1)*.
- Quaranta, G., & Mascheroni, P. (Coords.). (2020). *Trabajo agrario y ruralidades en transformación: trabajo agrario, desigualdades y ruralidades frente al COVID-19. CLACSO*.

- Rosales Sánchez, J. J. (2015). Percepción y experiencia. *Episteme NS*, 35(2), 21–36.
- Rosales, C. D. (2023). Aportes feministas a los estudios rurales. *Trabajo y Sociedad*, 41, 309–312.
- Saldaña Contreras, J. L., & Cantero Ramírez, M. (2024). Trayectorias laborales femeninas. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 20, e055.
- Sohr, O. (2012). El 80% de los trabajadores rurales no está registrado. Chequeado. <https://chequeado.com/ultimas-noticias/tomada-el-80-de-los-trabajadores-agricolas-no-esta-registrado/>
- Uberti de Pérez, N., et al. (1992). Una comunidad: Ceres, sus orígenes y su gente 1892–1992. Comisión del Centenario de Ceres.
- Vargas Melgarejo, L. M. (1994). Sobre el concepto de percepción. *Alteridades*, 4(8), 47–53.
- Vasilachis de Gialdino, I. (Coord.), (2006). Estrategias de investigación cualitativa. Gedisa.
- Waisgrais, S. (2001). Segmentación del Mercado de Trabajo en Argentina: una Aproximación a Través de la Economía Informal. Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo (ASET).

## ANEXOS

Anexo I: [GUÍA DE PREGUNTAS](#)

Anexo II: [ENTREVISTA PILOTO](#)

Anexo III: [ENTREVISTAS](#)

Anexo IV: [MATRIZ DE DATOS](#)